

ha sido dispensado por nuestra prensa periódica; redacción hubo que no les retornó ni el saludo de tarjeta...

La noche de hoy nos invitaron al banquete con que obsequian á la Prensa de México, en el Tivoli de San Cosme...

Hay para privarse!

De treinta invitados, habremos concurrido unos quince individuos. A los postres, brindaron algunos: Ramón Prida, por su periódico "El Universal;" por "El Partido Liberal," Manuel Gutiérrez Nájera; Gregorio Aldasoro, por "El Nacional;" un señor Tovar, por "El Tiempo;" José Gutiérrez Zamora," por la Isla de Cuba, donde vivió emigrado y contrajo nupcias, según cuenta en su brindis, y Telesforo García,—uno de los raros iberos ilustrados que viven en México,—por la influencia de España en América, como nación greco-latina...

A propósito de nuestra ninguna cortesía, de la que alguien se lamenta al levantarnos de la mesa y refiriéndose á la frialdad con que se ha tratado á estos dos caballeros antillanos, escuché esta cuchifleta que, por exacta, tuve que aguantar sin protesta ni réplica:

—No se cansen ustedes, en esa materia estamos como están en Marruecos...

30 de diciembre—Poco antes de las 11 de esta noche, se sintió otro fuerte y prolongado temblor de tierra.

31 de diciembre—Se extingue este bendito año de 1894 que tan mal háme tratado en todo.

No intento un balance ¿para qué?... Me declaro en quiebra, casi tentado de exclamar, si no fuera en el fondo el providencialista que soy, lo que exclamó Larra alguna vez:

—“¡Aquí yace la esperanza!”

1895

1ro. de enero—A nadie envié tarjeta de saludo por el nuevo año; quisiera desligarme de todos los "contratos sociales."

¡Qué cruel es una mujer cuando ya no nos ama!... Hasta los detalles más íntimos é inolvidables por su naturaleza misma, se los borra del corazón y de la memoria, á fuerza de voluntad... Los recuerdos deshójanse, ella deshójalos despiadadamente; los pobres recuerdos que debieran mantener por mucho tiempo ligados las dos almas y los dos cuerpos que se han querido de veras alguna vez... Espanta la indiferencia con que nos miran los mismos ojos que hasta se entrecerraban de terror y de amor frente á los nuestros que la devoraban...

Y este complicadísimo tema no ha sido suficientemente explotado por noveladores y psicólogos, en toda su infinidad de detalles desgarradores.

9 de enero—No se habla hoy de otra cosa que del escándalo armado anoche en la "Maison Dorée" por don Francisco Varona Murias, uno de los dos periodistas cubanos que vinieron á visitarnos; quería reñir á toda costa, y profirió palabras insultantes para nuestro país...

Todo el mundo se ha indignado, yo nó; las naciones,—por grandes que sus defectos sean,—se hallan siempre muy por encima de los individuos.

10 de enero—Pudiera ser que lograra yo curar de mi conflicto sentimental, la prueba está en que ya lo digo en estas páginas...

14 de enero—Cuando concluyo una lectura y mientras elijo lectura nueva, indefectiblemente caigo sobre la "Correspondencia" de Flaubert ó sobre el "Diario" de los Goncourt.

18 de enero—Angel de Campo ("Micrós"), uno de nuestros hombres de letras de más poderoso intelecto y acerca de quien habré de hablar extensamente hoy ó mañana, en estas ó en otras hojas, consiguió hace algún tiempo veinte pesos semanarios en un periódico de modas por unos artículos que alternativamente escribíamos él y yo, suscribiéndolos ora "Bouvard," ora "Pécuchet;" suma modesta que por igual compartíamos y por separado gastábamos.

Esta noche vino á darme la noticia de que la empresa editorial que publicaba el semanario de modas, quebró, y suprime, por consecuencia, pagos y compromisos.

—Pude conseguir, sin embargo,—me añade riendo,—que por vía de indemnización nos pagaran una última semana... ¡toma tus diez pesos!

Pues, señor, decididamente he entrado en el período de la mala sombra, hasta las pequeñeces, como ésta, se me marchan y deshacen.

22 de enero—Por mera casualidad, cógeme en Palacio la manifestación al Presidente de la República, organizada por los estudiantes de la capital.

Resultó muy imponente, formada de más de 2,500 personas encabezadas por los estandartes de las escuelas.

Cuando entraban en el disforme Salón de Embajadores, prodújose rumor de tempestad; oyéronse gritos de "¡orden, orden!" "¡despacio!"... y las pisadas de tantísima gente, asustaban; todos estaban serios.

En la plataforma del fondo, los esperaba, en pie, el Presidente, acompañado de algunos de sus Ministros; de sus ayudantes; del Gobernador de Palacio...

La arenga estudiantil, mediana; la respuesta presidencial, por improvisada, articulada lentamente, pero con dos ideas grandes...

Era objeto de la manifestación, felicitar al Gobierno por su actitud enérgica y digna en la cuestión México-Guatemalteca; los estudiantes todos, fueron á ofrecerse como soldados voluntarios para la guerra probable...

Tras los manifestantes salí yo, en mis adentros bendiciéndolos por lo que la tal manifestación quiere decir: fuerzas vivas, juventud limpia, cultos indispensables; y siguiéndolos, á cierta distancia, paladeaba las simpatías que se levantaban á su paso, formulaba yo un voto:

—¡Que Dios nos conserve siempre este amor patrio, ora el peligro asome del Sur, ora del Norte!...

23 de enero—A tomar informes de cómo sigue Manuel Gutiérrez Nájera ("El Duque Job"), que se halla en peligro de muerte.

Me recibió uno de sus hermanos; el enfermo está un poco mejor.

25 de enero—¡Qué mal debo andar yo!... Esta noche he escrito versos.

Se rumora que el periodista cubano don Francisco Varona Murias, el de la bronca en la "Maison Dorée," en unas correspondencias á "La Unión Constitucional" de la Habana,—ya reproducidas por varios periódicos de aquí,—ha puesto de vuelta y media á nuestros literatos, gobernantes, instituciones, etc., etc. Agrégase, que se ha marchado de México por el tren de ayer tarde.

La indignación extrema que el hecho ha provocado en calles y cafés, obligame á alzar los hombros ¡qué diablos!... Si no las merecemos, nada deben importarnos censuras tales, absolutamente nada.

27 de enero—¿Qué nueva enfermedad será ésta?... asáltanme, de improviso, vértigos atroces, que me hacen temer hasta una caída inatajable, en plena calle.

2 de febrero—Leo en un diario que Eduardo López Bago se embarcó rumbo á Cuba la semana pasada. No me dijo adiós, ni me avisó de su partida.

4 de febrero—Despertáronme esta mañana con una esquela funeraria: Manuel Gutiérrez Nájera, el exquisito "Duque Job," murió ayer tarde, á las 3, después de muchos padecimientos y de un delirio de cinco días...

¡Pobre "Duque!"...

Parece que se le preparan muy lucidos funerales.

Los periódicos lo llaman "maestro" y sí que lo fué; á mí me consta que era uno de los pocos escritores nacionales conocido y estimado en extrañas tierras; constame también que no sólo tuvo talento, y mucho, sino lo que es más raro en hombre de letras militante, en diarista sobre todo, bondad, inmensa bondad... Su muerte causará vacío grandísimo en nuestras anémicas letras patrias; deja una viuda y dos niñas.

5 de febrero—No pude asistir ayer al enterramiento de Manuel Gutiérrez Nájera; tenía yo audiencia con el Presidente de la República. Por cierto que hallándome en espera de mi turno en las antesalas,—la número 2,—en palique con Benito Juárez, por delante de mis ojos pasó una copiosa excursión de ciudadanos de los Estados Unidos, hombres, mujeres, children, sí, un gracioso y rubio baby, medio azorado, que aplaudía con sus manecitas regordetas, desde las espaldas maternales en que iba asomado á sus anchas.

Nos dijeron que estos excursionistas eran industriales y mercaderes de Kansas ó Idaho, muy apreciables. Yo los vi pasar, de dos en dos, á la protestante, con extraordinaria compostura, en silencio, muy afeitados ellos, ellas rígidas, ellas y ellos con algo de candor sano en ese su afán de estrecharle la mano al "General-President"... Por delante de mis ojos pasaron...

Al cerrarse la vidriera que los eclipsó á nuestra vista, oímos, distintamente, ruido de faldas femininas, de masculinos carraspeos y toses; preparativos últimos para presentarse irreprochables en actitudes y pergeños.

9 de febrero—Resuelvo asistir á un sobrino mío, á quien hoy se le declaró un fuerte tifo.

12 de febrero—Gravísimo mi enfermo, un delirio casi perenne, con temperaturas espantosas; ha llegado á cuarenta grados nueve décimos y esta noche el termómetro clínico acusa cuarenta grados siete décimos.

¿Por qué me interesarán tanto los que por accidente deliran, los enfermos que pierden el sentido y los locos?... Me quedo abismado frente á sus cerebros vacíos de juicio, frente á sus mirares afligidos ó incuriosos, frente á su hablar y su reír incoherentes.

16 de febrero—El horrible mal hizo crisis á la madrugada de hoy; unas inyecciones de cognac, sobre el mismísimo corazón, salvaron la vida de mi sobrino, que ya agonizaba. La sola palabra que formuló, fué para mí...

2 de marzo—Hoy me vino el nombramiento de mi futuro empleo: "Guarda-Almacén General y Alcalde de la Administración Principal de Rentas del Distrito Federal"...

Desde antes de entrar á su desempeño, ya estoy agobiado por tamaña cantidad de títulos que le prestan al empleo una fisonomía de apellido lusitano...

¿Quién así se llama, cómo será?...

6 de marzo—Tomé posesión del empleo de apellido portugués, rompiendo con todos mis hábitos, con todos mis gustos, con todas mis tendencias...

¡Ah!, no nada más con el sudor de la frente hemos de ganar nuestra vida los que de ganarla tenemos para vivirla, nó!... hay que sumar á la maldición bíblica, otras maldiciones de la suerte...

He aquí el "bilan" de hoy; como éste, *mutatis mutandis*, han de ser los de todos los días, por muchos días, qué sé yo cuántos, ciento, mil, diez, los que yo resista, los que en este empleo ;;;codiciado por varios candidatos que me han enumerado!!! me conserven...

Al sonar la diana,—la diana que toca el corneta del piquete de infantería que da guardia perenne al edificio y sus existencias,—hubo que levantarse, que bajar á los patios de la Aduana,—luego de rápido aseo individual,—todavía envueltos en las brumas heladas de nuestros amaneceres...

Luego, hubo que recibir en la Alcaldía el parte que á ella fueron á rendir los celadores trasnochados, que, apagando sus linternas y soplándose los dedos me examinaban con su poco de mansedumbre, por militarizados en cierto modo, y con su más de hostilidad sorda y latente en sus entrañas, por ser "los de abajo" ellos, y yo "el de arriba," el jefe ya en funciones; un jefe venido de lo ignoto, que no gasta sombrero charro, ni promete rigideces; un "señorito," le habrían llamado en España, un "roto," (1) han de haberme denominado mentalmente esos conterráneos míos... En el ala de los sombreros la mano derecha, de uno en uno, bien arropados con el sarape ó la "dragona," antes de ir y devolver las linternas, antes de marcharse á un descanso bien ganado, (los celadores diurnos, sorteados al igual que éstos desde la víspera á la tarde, ya relevaron á los que desfilan delante de mí, ya se hallan instalados en sus garitones, ata-

(1) "Roto," llama nuestro pueblo á los que vestimos á la europea.

layas y vigías,) iban repitiendo la consabida frase tan desprovista de ideología y de sínéresis que en lo militar se dice á cada paso:

—“¡No tiene usted novedá!”...

Así, afirmativamente, como clínico ignorante después de examen facultativo y presuntuoso, con gravedades facticias, de empleo y de rutina... ¿que no tengo novedad?... ¿y ellos qué saben?... ¿no he de tenerla?...

Luego, á las 6 y $\frac{1}{2}$, algo más deprimido todavía, vigilé cómo uno de los subalternos á mi cargo, pasó lista de ciento y cuarenta cargadores...

¡Salió el sol, y se adueñó, soberano, de esta Aduana, de estas minucias para mí torturantes, de estos campos aledaños, de los volcanes, de los cerros, del valle inmenso!...

Y á mí, confundíame las gratuitas afirmaciones de que “no tenía novedad;” algunos nombres y apellidos característicos de cargadores: “Hesiquio Piedra,” Matías Cruces,” “Policarpo Cedillo”...; algunas fisonomías formidables, algunos cráneos trágicos, algunas miradas “hondísimas,” los párpados hundidos, rojos los ademanes anquilosados, milenarios, precortesianos, de esclavitud, de vasallaje, de ignorancia, de pobreza, de hambre... Resueltamente, son muchos los desgraciados, los más desgraciados que yo... Y el sol, soberano, ascendiendo siempre por encima de campos y miserias, rectificaba mis conceptos, mis escepticismos menos experimentales que literarios... El sol desmentíame, con la gloria de sus rayos y la divinidad de su color; la mañana se extendía misericordiosa y azul por cerros y volcanes, por arboledas y edificios, por seres y cosas...

Una pausa breve, se difunde un silencio precursor de los quehaceres que ya apuntan; ha principiado el arribo de los empleados, el que “la administra,” el que “cuenta,” el que “guarda los

dineros,” los “vistas,” los jefes, los sub-jefes, la gente menuda, escribientes, meritorios... Se llenan las oficinas, se abren los pupitres; flota el incienso de la ociosidad nacional, el humo de los miles de cigarrillos que se encienden y se conversan desde lejos, en confidencias de amigos, en vecindad de asiento... ya se escucha el rodar de carros distantes, pesados, al trote de sus yuntas de mulas los que van de vacío en busca de carga, y al paso fatigado de sus bestias los que van á vaciarse de mercaderías...

Todos los Guarda-Almacenes particulares, me saludaron ya, cuando pasaron rumbo á sus bodegas respectivas.

Ya estoy instalado yo, tras mugrienta reja de madera; ya la Alcaldía rebosa de comerciantes y carretoneros, de mayordomos y despachantes de aduana...

Y desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde, me ha anonadado una labor embrutecedora, cretinizante, de maquinaria imposible de perfeccionar nunca... He firmado, rubricado, sellado boletas de “exento,” de “adeudo,” de “escala”... barbarismos que han lastimado mi oído educado de hombre de letras... La labor se hace de prisa, los interlocutores son bruscos, rudos muchos de ellos, nadie se quita el sombrero, ni nosotros los que despachamos tras de las rejas, todos se agolpan y magullan, del lado de afuera, animados del deseo íntimo de defraudar al fisco en poco ó en mucho, de abusar del empleado, si es ignorante, ó confabularse con él, si es pillo. ¡Es teoría tan socorrida que robar al fisco no es robar!

A las 3 de la tarde, que se cerró la Alcaldía y que me dejaron solo los demás empleados de ella, murmurándome al partir un amenazante “hasta mañana,” indicador de que “mañana” y Dios sabe cuántas “mañanas” más, han de encontrarme

donde ahora me dejaron, mi pobre cerebro, ateneado por la brutal ocupación, se me queja y protesta, me amarga mi comida; amargura que hay que disimular ante los subalternos que siguen observándome... Siéntome sin fuerzas intelectuales ni físicas.

A guisa de ejercicio para una buena digestión, recorrí, al rayo del sol, —que á tales horas quemaba ya más de la cuenta,—la Aduana entera, casi dos kilómetros de perímetro, y detúveme en cada una de las bodegas, en cada uno de los garitones, vigías y atalayas, para de una vez conocer el personal íntegro y numeroso... Cerca de las 6, se terminó mi inspección.

Tomé un tranvía, para ir al centro, y la despedida del cabo de celadores, á lo soldado, me da la puntilla; cual un sonámbulo recorrí las calles dentro de la "carrozza di tutti."

Y no me sale la cuenta,—bien es verdad que siempre fui torpe para los números,—no me sale; diez años de pasión por el arte, correspondida ó nó pero existente de parte mía; seis años de viajes; algunos libros publicados, una comedia representada; tanto afán, tanto ensueño, y pare usted en Guarda-Almacén, etc., etc., vamos! que no me conformo...

El rodar del tranvía me vuelve á lo real, me hace ver que el empleo es más que mediano (¿no hubo alguien ya que me insinuara ser ésta una posición que se me había dado para que me enriqueciera?...), que deberé esforzarme por conservarlo, que ya muchos lo quisieran para sí...

Remato en lo que siempre: en reñirme por mis debilidades, por mis imperfecciones irremediables; es de balde que culpe yo á la raza, al medio, á todas las palabrotas, como corazas, tras las que escondemos nuestras cobardías... ¿Por qué quiero, á fuerza, vivir con empleo del Gobierno? ¿por qué no aprendí á otras cosas? ¿por qué en el fondo de todos nuestros proyectos y de todas nuestras empresas, como mexicanos, se levanta el tesoro nacional manteniéndonos á todos, á todos suministrándonos el sustento total ó una gran parte del sustento?... Pues si ello es así, tasca tu freno, y gracias á que el freno tiene "sabores"! Es el viejo pacto tácito: nosotros contamos eternamente con el Gobierno, para vivir, y todos los gobiernos, desde los virreinales hasta los de nuestros días, cuentan con que nosotros contemos con ellos...

El tranvía va al galope...

14 de marzo—Desde esta noche duermo en la habitación de que dispongo por razón de mi empleo en la Aduana; un lindo apartamento enclavado en una estepa de sombras, de polvo, de malhechores.

No instalo libros, ni cuelgo cuadros, ni arreglo muebles; rendido físicamente, me recojo á las 9 de la noche.

Pienso al acostarme, á pesar del desaliento que me embarga, que podría escribirse,—conociendo este mundo nuevo cual yo voy conociéndolo,—un libro intenso, por el estilo de "GERMINAL" de Zola,—*toute proportion gardée*,—en el cual figurara un océano de seres, y, por consecuencia, un océano de pasiones; un gran drama, que diera punto, por ejemplo, con un incendio colosal, de noche, en las galeras en que se guarda el algodón.

16 de marzo—Acompañado de don Roque Elizondo,—Guarda-Almacén de la Bodega número 6 y empleado muy capaz y entendido,—voy, entre 10 y 11 de la noche y como intruso que furtivamente tratara de penetrar en el amurallado recinto, viniendo de Guadalupe, voy, digo, á cerciorarme de si todos los celadores se hallan en vela en sus puestos.

La excursión pintoresca, con sus miasmas de peligro y riesgo, para darle más picor. Y como ya me ha subyugado el libro que acerca de la Aduana es de escribir, realizo mi ronda cansando á Elizondo á preguntas, archivando sensaciones y datos en la memoria y en la retina.

17 de marzo—Detalle que me pone de relieve la honorabilidad de los viandantes de esta desolada plaza de Santiago Tlateloleo: asomado á uno de los balcones de mi vivienda, tengo que presenciar, pasivamente, cómo dos individuos despojan de su sarape á un tercero que iba ¡¡¡á caballo!!!...

Son las 5 y $\frac{1}{2}$ de la tarde. No hay gendarmes.

Enormidad tan incalificable, trae á mi memoria el que los gendarmes encargados de la custodia de este claro arrabalesco, en vez del revólver reglamentario cargan rifle de dieciséis tiros, y la vigilancia la llevan á cabo siempre por parejas. Lo aplaudo á dos manos.

También recuerdo, riendo á mis solas, de codocs en el barandal del balcón, la sorpresa que me produjo la primera noche que dormí aquí y que á eso de las 8 venía en tranvía, á recogerme, ver que algo antes de desembocar en la plazuela, el conductor pusiérase á correr los vidrios de todos los ventanillos:

—Pues ¿qué ocurre?...—le pregunté.

—Nó, si no es nada,—me repuso sonriendo,—es

que si no cierro, los ratas arrebatan sus sombreros á los pasajeros...

22 de marzo—Un Alférez del 7mo. regimiento de Caballería, á las 2 y $\frac{1}{2}$ de esta tarde y agredido por varios cargadores, tuvo que emplear el revólver, para defenderse, con tan mala fortuna que mató á uno de ellos.

La captura del oficial homicida la llevó á cabo uno de los celadores de la Aduana, quien entró á darme el "parte" con esta locución bárbara:

—Con permiso de usted, han matado á un cargador...

No le consiento que siga, aunque tal sea la fórmula:

—Oiga usted, celador, sepa que yo nunca he dado permiso para que maten á nadie... aprendan ustedes á expresarse!...

Y el asombro que en su fisonomía se retrata, indicame lo ocioso de pretender que cambien ciertas rutinas arraigadas...

El pobre oficial pasó junto de mí, luego que dispuse su entrega al General Cabañas, en la Prisión Militar de Santiago que con la Aduana colinda, pálido y emocionado, por eso le devolví su salud con amabilidad marcada. ¡Pobre muchacho! ¡pobres de sus padres, si los tiene!...

Casi á las 6 de la tarde, riña sangrienta en los medios de la plaza, con todas las de ley: al aire, el "hierro," la "cobija" liada en el brazo izquierdo, en la mano zurda el "chilapeño" del reñidor que carece de cobija, el odio cainesco en el mirar y en las palabras breves que hienden el aire; á distancia corta, los compadres y los "manices" de los valientes; á distancia mayor, la mujer

y el hijo de los que se matan, la mujer sollozando, el chiquillo, riendo á la muerte, desde los hombros maternos...

27 de marzo—La inmutable ley de las compensaciones!

En premio á mi actual y odioso cautiverio, la naturaleza me regala con un encantador espectáculo que ni los madrugadores de la ciudad han de haber podido admirar en toda su grandiosidad, por culpa de los edificios que en el centro abundan y ocultan esas cosas.

A las 5 que me levanté, vi desde mis balcones toda la cordillera que por el Sur limita la metrópoli, blanca de nieve, de la nieve que trajo la borrasca de anoche... Por unos instantes, á la media luz de la mañana metida en nubes y lluvia, adquirieron los cerros acentuada fisonomía alpestre... Un cuadro original y poco común, un gran cuadro.

Probabilidades de permutar de empleo dentro de unos quince días; no creo en mi dicha.

12 de abril—Comenzó la prensa á aplaudir el tratado con Guatemala, que puso decoroso término á un conflicto que pudo ser grave.

14 de abril—Una curiosidad de mi actual domicilio: es tal la cantidad de moscas que por los azúcares, aguardientes y frutas almacenados en las bodegas se cuele en las habitaciones, por las noches, que al entrar á acostarme con mi vela encendida que las despierta y amohina, el ruido que hacen volando y golpeándose contra la manta pintada de los techos, simula el de río caudaloso y embravecido, que arrollándolo todo, fuera á penetrar

en mi estancia... "Gaicho" les ladra, como si de veras fueran un peligro...

Me han forzado á suprimir mis lecturas entre sábanas, de las que tanto he gustado siempre; en cuanto apago mi vela, la nube se aquieta, vuelve á pegarse donde estaba huyendo de la luz...

17 de abril—¡Por fin! Dios me ha hecho el milagro de que yo arregle en cuarenta y ocho horas la permuta de empleo; paso á la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, como "oficial segundo de la sección primera."

18 de abril—Tomé posesión de mi nuevo puesto, en la Secretaría de Hacienda.

25 de abril—¡Mi México se va! El vetusto Café de Iturbide, tan lleno de carácter y de color local, propiedad de franceses desde su fundación, ya pasó á manos yanquis, con brevajes de allá, y parroquianos de allá...

27 de abril—Acabé el capítulo IV de "La Suprema Ley."

2 de mayo—En camino de hierro, rumbo al mineral de "El Malacate," en plena sierra sur del Estado de México.

3 de mayo—Dieciocho leguas á caballo, cruzando montes y bosques. Pernottamos en Tixca, en una posada enteramente cervantesca.

4 de mayo.—Llegada á “El Malacate,” en medio del monte.

5 de mayo.—(Sultepec) El aniversario patrio lo pasamos en la casa del Jefe Político, que resulta de mi mismo apellido.

6 de mayo.—El día entero dentro de las minas de plata, famosas desde las épocas del Coloniaje; ya las mientan en el “México al través de los Siglos.” La peregrinación en caravana, mi hermano y yo sin separarnos.

El aspecto físico del subterráneo, muy semejante al de las catacumbas parisienses; la sensación psicológica, trascendente y honda, inspirárame más asco que suele esta pobre humanidad de la que soy partícula insignificante, y más desprecio el dinero; indudablemente corrompe y denigra...

Los barreteros—los “tatas,”—en el desempeño de su tarea, me hacen daño, jadeantes, á medio vestir, con un gemido horrible á cada martillazo y el resto del tiempo, mudos, iluminados apenas por unas lamparillas de aceite, suspendidas aquí y allí, en las aristas salientes de las rocas.

Se dió fuego á tres barrenos de dinamita. Nosotros corrimos, á parapetarnos lejos, seguidos de los barreteros que corrían en tumulto... de pronto, tres detonaciones espantables, que estremecieron la montaña, que nos estremecieron á los curiosos y á los operadores, que hicieron vacilar las flamas de las lámparas...

¡Qué deleite al salir! La luz me cegó; árboles, montes, césped, antojáronseme más bellos después del rápido encierro. ¡La vida libre!...

Sensación postrera, que persiste: á 60 metros de altura, debajo de la tierra, unos cuantos barre-

teros, con sus lámparas al lado, trabajaban en abras y cavidades, habitables,—¡lo habría yo jurado!—sólo para ratas y otras alimañas. A fin de producir en nuestro ánimo mayor efecto, el ingeniero les gritó:

—¡Oye, tú!... ¡alúmbrense la cara!...

Y contemplados así, de abajo, se me figuraron gnomos, gnomos degenerados, en busca de la Piedra Filosofal.

El resto del día, raro estado moral, con ganas de coordinar las impresiones recibidas, y, al propio tiempo, miedo de efectuarlo.

El sueño, en la noche, intermitente y nervioso.

7 de mayo.—De regreso, camino de Toluca, crucé un bosque, á galope; tres leguas de completo olvido de todas mis intelectualidades; deliciosa sensación de salud y fuerza.

En Toluca, acababan de representar mi “Señorita Inocencia,” y en una población de muy enrevesado nombre, dieron el día 5, mi “Ultima Campaña,” según me informan los programas respectivos,—con diversos errores tipográficos ambos—que en el hotel me muestran.

18 de mayo.—En el Teatro Nacional, donde actúa la compañía dramática italiana del primer actor Andrea Maggi, en el estreno del drama de Tolstoi, “El Poder de las Tinieblas.”

Soberano, **hórridamente bello**, como dicen estos italianos en su lengua expresiva; de cruel y desesperante belleza; “salvajemente” cierto y verosímil...

Hay, en la escena, amén de adulterio, envene-

namiento é incesto, un infanticidio espantoso; se oye el crujir de los huesos del inocente!!!

25 de mayo—Concluído el capítulo V de “La Suprema Ley.”

27 de mayo—Improvísóse para esta noche una doble lectura literaria en la casa de Angel de Campo (“Micrós”). Pocos fuimos: Manuel Flores, Jesús Valenzuela, Enrique Pérez Rubio, Antonio de la Peña y Reyes, Luis Urbina, Amado Nervo, un joven poeta, de Colima, cuyo pseudónimo es “El Duque Juan,” y yo.

Por ser prosa lo mío, yo leí primero el capítulo recién terminado de mi novela. Después, Luis G. Urbina leyó su nuevo poema “Una Juventud,” su segundo poema cruel, por el que le tributamos, encantados, una verdadera ovación, los últimos versos vibrando en la atmósfera amiga de la estancia cerrada:

“...de pronto, pasó un grupo de alegres golon-
(drinas
rozando las azules campánulas de seda”...

28 de mayo—Al cabo de 28 años de destierro y por especial gracia del Presidente de la República, hoy volvió á la patria el General conservador é imperialista don Leonardo Márquez, á quien se imputan responsabilidades tremendas de sangre y muerte.

20 de junio—Concluí el capítulo VI de “La Suprema Ley,” y con él, la primera parte de la no-

vela. Parece que hay un periódico que me la comprará en un precio bueno para México.

4 de julio—Despedida, en el Teatro Nacional, de la “troupe” italiana que acaudilla Andrea Maggl. El público les tributó una ovación en el escenario, y otra en el vestíbulo, á la salida.

Siquiera eso, ya que los artistas han perdido el dinero en su temporada.

5 de julio—Brindé hospedaje anoche, en mi cuarto del hotel, á un perro callejero que se empeñó en seguirme. Hoy en la mañana, que nos separamos á la puerta y que él, zalameramente, se despide de mí, es de justicia hacer constar que se comportó mejor que habríase comportado cualquiera persona decente.

17 de julio—Cúpome en suerte almorzar hoy con dos Secretarios de Estado, sans ceremonie y en residencia palaciega de Senador espiritual y pirrónico que se permite estos lujos de sentar á su mesa,—afamada por lo bien servida y lo bien regada,—políticos y gente de suposición.

Y “¡válgame Dios!”, que habría exclamado Sancho á hallarse en mi lugar, de ideas, vocativo latino; de teorías, las que corren, cual monedas de cobre y níquel, por calles, mercados y plazas; de frases... inverosímiles!

El anfitrión, goza lo indecible, ríe, ordena á los criados que escancien más...

22 de julio—Terminé el capítulo primero de la segunda parte de “La Suprema Ley.”

29 de julio—En la Municipalidad, á la noche, á ver la capilla ardiente que la ciudad de México enciende en honor de los restos sagrados de un santo puñado de próceres: Hidalgo, Morelos, Matamoros, Allende, Aldama, Jiménez, Moreno, Mina, Galeana, los Bravo, Rosales... toda la pléyade, nuestra pléyade, los grandes insurgentes, los grandes que nos dieron patria...

Hermosísima, la capilla, arreglada con gusto inteligente.

Espectadores, muchos, pero más curiosos que devotos.

30 de julio—En la Catedral, á presenciar el triunfal y solemne ingreso de los restos sagrados de los insurgentes, conducidos á su temporal depósito dentro de la Metropolitana, por el Presidente de la República y su Gabinete.

Logré instalarme en el coro alto.

Entraron por la puerta principal, la del medio, que llevaba 29 años de no abrirse, desde los tiempos de Maximiliano; y la urna que encierra los restos, fué depositada en la Capilla de San José, á la izquierda, abajo de un monumento mezquino que se halla empotrado en el muro de la derecha de la capilla.

Por la aglomeración de gente, prodújose un tumulto, dentro del templo espacioso; y viéndolo como yo lo veo, desde arriba, dominándolo, comprendo lo gráfico de la usual locución: "un mar de cabezas," pues, en efecto, aquello era un mar encrespado que envolvió á gendarmes, que se tragó uniformes, que derribó á individuos, que dió origen á gritos sofocados...

El clero, tenía listo suntuoso recibimiento eclesiástico, cabildo pleno, palios, capas pluviales, hasta los papeles de música en los atriles del ór-

gano gigantesco y en los de la orquesta... Pero, —susurran los que de bien informados se la dan, —parece que el Ministerio de la Gobernación, temiendo al "¿qué dirán?" de periódicos rojos y liberales sueltos, tan descontentadizos los unos como los otros, encareció desde temprano que no se hiciese manifestación alguna...

La intervención eclesiástica redujose á que dos canónigos, de bonete y manteo, esperaran la entrada de la cívica procesión, á cada lado de la puerta abierta de par en par...

Este fué para mí el detalle trascendental de la ceremonia, toda una filosofía profunda y preñada de enseñanzas, rebosante de reivindicaciones y desagravios:

—La urna que atesora los restos de los excomulgados apasionadamente por la Iglesia de aquellos días, penetró en recinto consagrado, por puerta que no se abre nunca, ni para dar salida al cadáver de los arzobispos muertos!

Una pregunta se me vino, al salir:

—¿Por qué no se inhumarían los restos en la Rotonda de los Hombres Ilustres de nuestro cementerio municipal de Dolores? ¿por qué?...

6 de agosto—Terminé el capítulo segundo, parte II, de "La Suprema Ley."

27 de agosto—Terminé el tercer capítulo de la 2a. parte de "La Suprema Ley."

28 de agosto—Una pequeñez que yo, sin embargo, saboree á mis solas. Por el correo me ha llegado la poesía que sobre Byron leyó en el Ateneo Argentino, Leopoldo Díaz, con esta dedicatoria